



La ciudad letrada: la escritura como Política

The Lettered City: the writing as Politic

Patricio Landaeta Mardones, Braulio Rojas Castro, Andrés Cáceres Milnes *
patricio.landaeta@gmail.com, braulio.rojas.castro@gmail.com, acaceres@upla.cl

DOI: 10.5281/zenodo.17914

Recibido: 27/04/2015

Aceptado: 13/05/2015

Resumen: ¿Estuvo la intelectualidad colonial constreñida por la necesidad de demostrar la correspondencia entre orden social y orden territorial o, hablando desde una posición de poder, aseguraba ya su autonomía, contribuyendo con sus relatos a hacer "sentir" a una época la inminencia de su realización? Intentaremos justificar la segunda alternativa, más evidente al momento de la expulsión del Imperio y la emergencia de las repúblicas latinoamericanas, cuando los literatos se encargaron de distinguir las trazas del espíritu común que modelaba el alma y el cuerpo del pueblo, momento en que asumieron el relevo en la escritura de la historia.

Abstract: The intellectuals, has been pushed by the necessity of justify the link between territorial and civil order, or, occupying a place within the power, they ensured their autonomy, making sensible the imminence of the "ideal city"? We will try to expose the second way, more evident after the expulsion of the empire, when writers essay to discover the signs of the common spirit that formed people's soul.

Palabras Clave: ciudad; escritura; Ángel Rama; estado.

Keywords: city; criting; Angel Rama; state.

* Patricio Landaeta Mardones, Chileno, es Investigador del Centro de Estudios Avanzados, Universidad de Playa Ancha, Chile; Doctor en Filosofía por la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso y por la Université Paris VIII Vincennes-Saint-Denis, Doctor Europeo en Filosofía y Máster en Estudios Avanzados en Filosofía por la Universidad Complutense de Madrid, España.

Braulio Rojas Castro, Chileno, Magister en Filosofía por la Universidad de Valparaíso y Doctor en filosofía por la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso.

Andrés Cáceres Milnes, Chileno, es Director de Postgrado en Literatura en la Universidad de Playa Ancha. Doctor en literatura por la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso

1.- Introducción

Uno de los aportes de *La ciudad letrada* (1984) de Ángel Rama (1926-1983) fue mostrar que la intelectualidad novohispana estuvo profundamente marcada por la necesidad de fortalecer el vínculo del orden social y de la organización del espacio urbano.¹ El intelectual, en medio de la tarea de convertir las tierras del mundo en un solo y gran territorio formado por ciudades ordenadas a la manera de un organismo, fue el encargado de vociferar en sus obras a súbditos y enemigos de la Corona la justicia de la empresa de conquista y evangelización de las tierras indianas. El intelectual, en suma, debía reforzar y hacer sensible la idea de que gracias a la alianza tejida entre España y Roma, el poder político y teológico presente en la evangelización estaba en vías de instaurar en las tierras del nuevo mundo la “ciudad ideal”. Sin embargo, tal subordinación a los intereses de la Corona existió sólo de manera relativa, dado que la Corona dependía en gran medida de esos relatos, de toda aquella imaginería puesta en boga en las *historias* que hacían circular artistas y hombres de letras que contribuían a materializar el proyecto inacabado de la “ciudad ideal” con el poder de su ficción.

Un poder semejante detentará la escritura también al momento de la fundación de los estados nacionales, que sigue a las guerras de independencia. En ese instante, la literatura es llamada a rescatar lo común y, así, desentrañar los signos que permiten distinguir y reforzar la unidad pueblo. El objetivo de las letras en este momento, ya no es, por tanto, ser el canto al orden de la ciudad que imita el orden de la Jerusalén celestial, sino servir de “memoria” a los ciudadanos, haciendo que esta emerja desde su propio reconocimiento al hacer suyas las trazas de ese espíritu común que nutre las instituciones del estado y modela el alma y el cuerpo del pueblo, anunciando su marcha hacia un futuro mejor.

2.- De las sagradas escrituras a la escritura de la ciudad

La empresa del descubrimiento y la posterior conquista del Nuevo Mundo fue heredera del espíritu medieval, en ella “se da una mezcla inestable de saber racional, de nociones derivadas de prácticas mágicas y de toda una herencia cultural cuyo redescubrimiento de los textos antiguos había multiplicado los poderes de la antigüedad”.² Estos conocimientos sobre la *extera Europae* estaban traspasados por el imaginario mítico de herencia judeo-greco-latina, eran “la continuación de una larga tradición de poetas, y logógrafos griegos, a los que autores latinos habían agregado nuevos personajes”.³ Así, estos territorios son vistos e interpretados mediante una constante asimilación y traspaso del

¹ RAMA, Ángel. *La ciudad letrada*, Arca, Montevideo, 1984, p. 19.

² FOUCAULT, Michel. *Las palabras y las cosas*, Siglo XXI, México, 1997, p. 40

³ ROJAS MIX, Miguel. *América Imaginaria*, Lumen-Andrés Bello, Barcelona, 1992, p. 10

imaginario que aún permanecía en la mentalidad europea. La ciudad, como lugar y como símbolo, será un *topos*⁴ privilegiado en donde esto adquirirá más fuerza.

La ciudad fue el máspreciado punto de inserción en la realidad de esta configuración cultural y nos deparó un modelo urbano de secular duración. [...] Poco podía hacer este impulso para cambiar las urbes de Europa, por la sabida frustración del idealismo abstracto ante la concreta acumulación del pasado histórico, cuyo empecinamiento material refrena cualquier libre vuelo de la imaginación. En cambio dispuso de una oportunidad única en las tierras vírgenes de un enorme continente, cuyos valores propios fueron ignorados con antropológica ceguera, aplicando el principio de “tabula rasa”⁵

En este contexto, en la época de consolidación de la conquista, evangelización designa una compleja empresa que teniendo por fin expandir la fe cristiana entre los naturales de las tierras descubiertas, establecía como prioridad controlar el territorio⁶. “Poner en policía los territorios”, precisamente, es la expresión corriente que traduce por aquellos años el ánimo de establecer y preservar un orden social y territorial mediante la fundación de ciudades y su administración de acuerdo a derecho. En términos concretos, implicaba reagrupar a los indios según un modelo de vida y sociedad occidental, acorde a los intereses, políticos, económicos, administrativos y religiosos de la Corona española.⁷ En ese contexto, el damero, modelo urbano concebido por Hipódamos en Grecia y perfeccionado en el Renacimiento, no contempla sólo reproducirse como la imagen, el rostro de la ciudad en el nuevo mundo, sino que opera como un modelo de pensamiento y patrón de costumbres. Sin embargo, a pesar de la formalización abstracta y

⁴ SOTO, Pamela. «La ciudad latinoamericana: un *topos* para la civilización y la barbarie». En *Repensando el siglo XIX desde América Latina y Francia* (Marisa Muñoz y Patrice Vermeren editores), Colihue, Buenos Aires, 2009, p. 352: “La ciudad, entonces, en cuanto a manufactura humana y construcción simbólica representa un *topos* al cual debemos prestar una profunda atención al momento de realizar un análisis o reflexión en torno a lo humano, porque en cuanto lugar en el cual vive la colectividad, la ciudad es una construcción inseparable de la vida civil y de la sociedad, por esta razón los hechos urbanos no deben ser leídos como fenómenos asilados o anómalos, sino como el síntoma de la colectividad que habita la ciudad.”

⁵ RAMA, Ángel, *La ciudad letrada*, pp. 12-13

⁶ “Para la historiografía colonial la razón de mayor peso no parece haber sido el riesgo del ataque, sino la superposición de culturas y el riesgo que ello implicaba para la *civitas*, sede de la “policía”, pues los asentamientos indígenas constituían la manifestación de la “behetría”, la negación del orden político occidental. Pizarro era entonces menos un líder militar y más un ordenador cultural”. LUCENA, Manuel. «La fundación de América a partir de su historia urbana». En *Urbanismo y vida urbana en Iberoamérica colonial*, Alcaldía Mayor de Bogotá, Bogotá, 2008, p. 76

⁷ Entre los cronistas existía la tendencia a considerar el orden del asentamiento prehispánico como falta de orden, carente de organización o insuficiente. Auspiciando la necesaria intervención de éste, es decir, imponiendo el orden y la medida española. HERRERA, Marta. «Ordenamiento espacial de los pueblos de indios: dominación y resistencia en la sociedad Colonial». En *Revista Frontera*, N° 2, vol. 2. Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, Bogotá, 1998, p. 108)

jurídica que tenía este trazado de las ciudades, su implementación concreta sólo logró ser llevada a efecto de manera parcial en América.⁸

Por otro lado, a través del uso del damero, la evangelización se lleva a cabo como un fenómeno extensivo, un movimiento que aspira a convertirse en ley que gobierna los cuerpos y, paralelamente, en red que controla el territorio, dando forma a un complejo dispositivo que permite doblegar la vida “arcaica”⁹ y “suplantar una cosmovisión con otra”¹⁰. No bastaba, pues, desde la mirada del europeo, con hacer la guerra, con ocupar el territorio descubierto y someter a quienes allí tenían su lugar, lo esencial consistía en que los naturales viesan también allanadas sus almas, que vieran crecer en ellas *sin coerción* la matriz de creencias y comportamiento que el español traía consigo. Por ello es importante recordar que la evangelización y uso del damero formaban parte de un complejo modelo de gestión del espacio que expresaba una serie de valores: “se hacía necesario que las prácticas espaciales de la población reflejaran un tipo de representaciones simbólicas que dieran coherencia y cohesión a las nuevas relaciones sociales que el control colonial establecía”¹¹.

La fundación de ciudades, encargada por ley a los valientes que cruzaban los mares ignotos, fue desde un comienzo la estrategia de la Corona para hacerse con el control de las tierras indianas. Y lo que en un primer momento parecía falto de orden, azaroso, teñido por la violencia y ambición de los primeros europeos llegados a las tierras descubiertas por Colón, se revelaba al final como el reflejo más fiel de un orden superior, a la vez divino y humano. No otra cosa parecía ser esa red de centros urbanos a lo largo de América que *asumía* o integraba los primeros esfuerzos iniciados por la conquista, preparada por los adelantados sedientos de riqueza. Al cabo de medio siglo, entre 1520 y 1590

⁸ “Las “Ordenanzas de Poblamiento” de Felipe II, sancionadas en 1573, significaron por una parte una recopilación de las experiencias acumuladas del urbanismo español e hispanoamericano y, a la vez, un intento de encuadrar definitivamente un proceso de estructuración urbana, cuya modelística se había consolidado en la práctica fundacional del nuevo continente antes que en la experiencia urbana de la metrópoli. [...] En efecto, si las Ordenanzas de Felipe II tuvieron particular fortuna en lo que hace a las características de los asentamientos y a la definición de sus emplazamientos, un tema que tenía larga experiencia desde los textos vitruvianos hasta las ideas de San Agustín y Santo Tomás de Aquino, como ha demostrado el Padre Gabriel Guarda, sus rígidas estipulaciones sobre la traza urbana no lograron concretar una sola ciudad en América que respondiese totalmente a sus explicitaciones.” GUTIÉRREZ, Ramón. «Otros urbanismos hispanoamericanos». En *Urbanismos y vida urbana en Iberoamérica colonial*, Alcaldía Mayor de Bogotá, Bogotá, 2008, pp. 51-52

⁹ “El calendario indígena se cristianiza, las fiestas devienen instrumentos para la instrucción de los indios, que propicia la apropiación de las creencias y la propia “vivencia” del dogma” ESPINOSA, Gloria. «Las órdenes religiosas en la evangelización del nuevo mundo». En AAVV. *España medieval y el legado de occidente*, SEACEX-INAH, México, 2005, p. 252).

¹⁰ HERRERA, Marta. «Ordenamiento espacial de los pueblos de indios: dominación y resistencia en la sociedad Colonial», p. 114

¹¹ HERRERA, Marta. «Ordenamiento espacial de los pueblos de indios: dominación y resistencia en la sociedad Colonial», p. 113

aproximadamente, de norte a sur el territorio de Hispanoamérica se hallaba surcado por un centenar de ciudades creadas según un modelo arquitectónico, político y administrativo, cuyo orden imitaba el funcionamiento del cuerpo humano¹². Como advierte Rama, lo fundamental en esta época era el término orden, clave de bóveda del marcado vínculo entre discurso y arquitectura, entre palabra y forma, entre el plano de la ciudad y lo que éste simbolizaba o decía de sí:

El *orden* debe quedar estatuido antes de que la ciudad exista, para así impedir todo futuro *desorden*, lo que alude a la peculiar virtud de los signos de permanecer inalterables en el tiempo y seguir rigiendo la cambiante vida de las cosas dentro de rígidos encuadres. Es así que se fijaron las operaciones fundadoras que se fueron repitiendo a través de una extensa geografía y un extenso tiempo. [...] Una ciudad, previamente a su aparición en la realidad, debía existir en una representación simbólica que obviamente sólo podían asegurar los signos: las palabras, que traducían la voluntad de edificarla en aplicación de normas y, subsidiariamente, los diagramas gráficos, que las diseñaban en los planos, aunque, con más frecuencia, en la imagen mental que de esos planos tenían los fundadores, los que podían sufrir correcciones derivadas del lugar o de prácticas inexpertas¹³

En ciudades importantes como Lima surge un relato historiográfico que representa el modelo urbano como asiento de todas las virtudes civiles y políticas. Mezcla de historia piadosa, que sigue en cada punto los preceptos de la religión y, relato memorial, como el que existió en la península en el siglo XVII¹⁴, dicho relato enaltece la dignidad de la ciudad hasta afirmar su santidad. Preclaro ejemplo de ciudad santa, fue Lima, modelo para las fundaciones en América. Fray Diego de Córdova advierte que el signo de ese carácter divino era el rigor que traslucía el modelo de ciudad impuesto en Lima y replicado en América, el damero:

¹² LANDAETA, Patricio; ESPINOZA, Ricardo. "Cartografía de la ciudad Latinoamericana: fundación del orden colonial". En, *Ideas y Valores*: Universidad Nacional de Colombia. En prensa.

¹³ RAMA, Ángel. *La ciudad letrada*, p. 21.

¹⁴ GALVEZ, Carlos. «La ciudad letrada y santa: la ciudad de los reyes en la historiografía del siglo XVII». En *Urbanismo y vida urbana en Iberoamérica colonial*, Alcaldía Mayor de Bogotá, Bogotá, 2008, pp. 72-73. Algunos de estos historiadores son el jesuita Bernabé Cobo (1639) y el franciscano Padre Córdova. El primero, destacamos, insiste en la dignidad de la fundación de la ciudad de Lima: "...tengo por indicio cierto de que Dios nuestro señor ponía su mano con especial favor en esta fundación y porque via [sic] lo mucho que había de ser servido y glorificado su santo nombre en esta cristianísima ciudad.", COBO, Bernabé. *Obras*, Tomo II, Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, 1956, p. 288

La figura y planta desta ciudad es cuadrada con tal concierto y orden que todas las calles son parejas, anchas y tan iguales que estando en la plaza principal en las más se ven los confines dellas porque como del centro salen las líneas a la circunferencia, assí de la plaza hasta los fines della corren las calles largas.¹⁵

Fundada como una obra pía, la ciudad recibirá el apelativo de “santa”, ejecutada a partir de un orden matemático, la ciudad será considerada “sabia”. Precisamente, *La ciudad letrada* insiste en destacar la continuidad y el aporte específico que realiza la ciudad en América al sueño de la ciudad ideal, teorizada desde Grecia por el artífice del damero hasta el Renacimiento con figuras como Alberti y Filarete¹⁶. Ambas cualidades retratan las letras que cantan el orden del plano, la justicia y santidad de la fundación, y la nobleza de las instituciones políticas erigidas con arreglo al poder absoluto de los reyes y de la Iglesia. Al respecto el mismo Rama afirma:

El uso político del mensaje artístico fue extraordinariamente frecuente en la Colonia, como obviamente se desprende de su estructura social y económica, aunque no ha tenido la suficiente atención crítica. La capital razón de su supremacía se debió a la paradoja de que sus miembros fueron los únicos ejercitantes de la letra en un medio desguarnecido de letras, los dueños de la escritura en una sociedad analfabeta y porque coherentemente procedieron a sacralizarla dentro de la tendencia gramatológica constituyente de la cultura europea¹⁷.

Poca resistencia podía ejercerse contra la única palabra válida, contra la sola voz que resonaba en la ciudad: los letrados eran quienes ocupaban los cargos públicos y quienes *disfrazaban* con sus relatos la ciudad existente, sometida a la acción del tiempo, de la corrupción, de las guerras e iniquidades de los hombres de carne y hueso. En un analfabetismo generalizado, pocas figuras podrán contestar la santidad de las instituciones, blindadas por las palabras de los letrados. Así, la empresa de hispanización del nuevo mundo yace fundada en el mito de la superioridad moral y ontológica del europeo, que se traduce en ideas y representaciones que se expanden en relatos y relaciones acerca del ser americano y el territorio de Hispanoamérica. En otras palabras, lo que sostiene el moderno orden de la ciudad, en primer lugar, es ese espejismo que representan las imágenes y narraciones extraordinarias de quienes testimoniaron conocer directamente la naturaleza de los habitantes de estas tierras, cuando no hacían más que mezclar sus prístinas observaciones con los relatos de los antiguos, como si sólo el pasado permitiese “descifrar” lo nuevo.

¹⁵ DE CÓRDOVA Y SALINAS, Diego. *Crónicas Franciscanas de las Provincias del Perú*, Lino Canedo, (editor), Academy of American Franciscan History, Washington D.C., 1957, p. 476.

¹⁶ RAMA, Ángel, *La ciudad letrada*, p. 17

¹⁷ RAMA, Ángel, *La ciudad letrada*, p. 37

3.- La fundación de una memoria nacional

En el período que sigue a las guerras de independencias la literatura se reconoce como una arte esencial a la política, pero de manera distinta a la manera en que las letras figuraban como una pieza esencial para la colonia¹⁸. Pues los caudillos nacionales no sólo se disputarán con sus enemigos europeos en la arena política o en las armas, sino también en el campo de las letras, donde intelectuales y políticos, como José Faustino Sarmiento en Argentina y Andrés Bello, Francisco Bilbao y José Victorino Lastarria en Chile librarán la disputa por la emergencia de lo "nacional" en el suelo de la literatura. Pese a que el recuento de las generaciones en Chile se inicia con la "Generación del 42"¹⁹, cabe pensar que la lenta recepción del romanticismo en América prepara este fenómeno marcado por las palabras de Lastarria en su famoso *Discurso*. Éste contribuye, con algunas décadas de antelación, no sólo a lo que será el surgimiento de una literatura con una fuerte raigambre política en su contenido, sino a hacer del arte en general y de la literatura en particular, desde los comienzos de la república, una cuestión política.

La independencia de la autoridad de España de nada valía si la conquista de la libertad inmediata que implicaba no servía para el reconocimiento del "espíritu común" que le sustentaba, y que debía ser conquistado con el trabajo de la sensibilidad y la razón *liberada* de las reglas clásicas. En otras palabras, el levantamiento contra el imperio debía tener su símil en el levantamiento contra las reglas de la creación como propugnaba el romanticismo; la emancipación del yugo español debía traducirse en libertad de pensamiento y sentimiento.²⁰ En

¹⁸ Para comprender este escenario habría que nombrar algunos acontecimientos de relevancia epocal, que determinan la estructuración del orden global, y que, por supuesto, afectaron el desenvolvimiento de la vida cotidiana, tanto de Latinoamérica, como de Chile, en particular: el resquebrajamiento del orden capitalista mundial en la década de 1870, la Guerra del Pacífico, el progresivo despojo del campesinado junto con la conquista de la Araucanía en 1880, la Guerra Civil de 1891, y, finalmente, la primera Guerra Mundial. Es en este contexto que el estado chileno participa del proyecto modernizador de occidente. Estos sucesos históricos enmarcan el progresivo proceso de despojamiento de los sectores populares conformado por campesinos, mapuches, artesanos, pirquineros y pequeños comerciantes, que conforman la base social del pueblo de Chile.

¹⁹ "El nombre *Movimiento literario de 1842* designa la fase inaugural de las letras chilenas, que surgió impulsada por la voluntad de conferirle carácter propio y vida independiente a nuestro quehacer intelectual. El *Movimiento* que tiene por antecedente el trabajo formativo de José Joaquín Mora y Andrés Bello, comenzó a gestarse hacia fines de la década de 1830. A pesar de ello, se privilegia en la denominación el año 1842, porque fue entonces cuando la "emancipación del espíritu" se convirtió –a instancia de José Victorino Lastarria– en el proyecto de una generación.", MUÑOZ, Luis; OELKER, Dieter. *Diccionario de movimientos y grupos literarios chilenos*, Universidad de Concepción, Concepción, 1993, p. 13

²⁰ Para un análisis de la profundidad y radicalidad de esta toma de distancia con respecto a la herencia hispánica en la fundación de las repúblicas del cono sur, y en Chile en lo particular, se puede consultar de CONTRERAS, Lidia. *Historia de las ideas ortográficas en Chile*, DIBAM, Santiago de Chile, 1993.

suma, la libertad conquistada debía convertirse en autonomía, es decir, libertad para el uso de la *propia* razón.

De esta manera, podemos decir, la primera época de las letras nacionales estuvo profundamente marcada por el ideal de encontrar un origen, un centro, un fundamento *telúrico* desde el que sostener y equilibrar el espíritu nacional y superar así el fundamento teológico y político que dominaba con exclusividad hasta la colonia. Una convicción por entonces emerge: la geografía, su inmensidad, esa inagotable fuente de diferencias que ofrecía la naturaleza agreste habría de constituir el principio de individuación del pueblo. El implacable desierto, la abundante selva, la majestuosa montaña y la serenidad de la pampa compondrán la atmósfera del hombre en América, elementos que llegarán a ser esenciales para el criollismo²¹, tal vez porque eran las notas esenciales que habían quedado sepultadas por la imaginaria de la ciudad ideal²². Se afirmará, desde entonces, que las costumbres, las formas peculiares de una sociedad, los colores que visten los pueblos de América, no son independientes de tales determinaciones, por lo que su orden social y su religión no pueden crecer de espaldas a sus paisajes agrestes y escarpados o *contra* el modo en que los hombre han construido su vida y costumbres. Lo nacional, pues, habla *en* los detalles, usa el lenguaje de lo más ordinario y anecdótico. Sólo desde allí puede declinarse el sentido de la literatura de los pueblos de América allende el yugo español. De ahí que las palabras de Lastarria en el *Discurso de incorporación a la sociedad de escritores* en 1842 de las pautas de lo que será luego la producción artística de toda una generación:

¿A donde hallaremos la expresión de nuestra sociedad el espejo en que se refleje nuestra sociedad? [...] Apenas ha amanecido para nosotros el 18 de septiembre de 1810, estamos en la alboreada (sic) de nuestra vida social, y no hai (sic) un recuerdo tan solo que nos alague, ni un lazo que nos una al pasado ántes (sic) que aquel día. Durante el coloniaje no rayó jamás la luz de la virtud en nuestro suelo²³

²¹ Ferrero nos entrega un buen catastro de una treintena de obras, confróntese, FERRERO, Mario. *La prosa chilena de medio siglo*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1960, pp. 17-21

²² Pamela Soto expresa en los siguientes términos esta diferencia: “Estos nuevos centros urbanos no culminan solo una propuesta de diseño, puesto que, este proyecto urbanístico, para el nuevo mundo, incluía en su planificación urbana una praxis sobre la organización y jerarquización de las relaciones de sus habitantes. En efecto, la ciudad latinoamericana fundada por los colonizadores situará todo organismo o estamento de poder en el centro del territorio, a fin de diferenciar según cercanía o lontananza de este núcleo de poder a los distintos estratos sociales, no haciendo énfasis en lo social, obviamente, sino más bien en el orden o lugar que le corresponde a cada ciudadano.”, SOTO, Pamela, «La ciudad latinoamericana: un *topos* para la civilización y la barbarie», p. 355

²³ LASTARRIA, José Victorino. *Discurso de incorporación de D. J. Victorino Lastarria a una sociedad de literatura de Santiago en la sesión de tres de mayo de 1842*, Imprenta de Rivadeneyra, Valparaíso, 1843, p. 7

Estas palabras diagnostican y preludian para Chile el camino de las artes en las décadas venideras: una nación no es nada si su pueblo no posee, más bien, no ha creado sus propios mitos, el recuerdo figurado de un pasado común, si no teje, en suma, un vínculo afectivo entre sus gentes. Lo primero será romper con el pasado español, pues su "memoria" le resulta ajena al nuevo tiempo. De alguna manera, el *Discurso* deja ver una imperiosa necesidad de refundar el "ser común", de crear "otra" memoria. Por ello es esencial el llamado a la originalidad: "nuestra literatura debe sernos exclusivamente propia, debe ser enteramente nacional".²⁴ Las condiciones de esto, según Lastarria, ya están dadas, el pueblo es una *realidad*, pero esa realidad debe ser representada o expresada: la literatura debe ser el "espejo de la sociedad", ya que sólo entonces los lectores sabrán descubrirse, reconocerse en *su* mundo:

Fuerza es que seamos orijinales (sic); tenemos dentro de nuestra sociedad todos los elementos para serlo, para convertir nuestra literatura en la expresión auténtica de nuestra nacionalidad [...] No hai (sic) sobre la tierra pueblos que tengan como los americanos una necesidad más imperiosa de ser orijinales (sic) en su literatura, porque todas sus modificaciones le son peculiares y nada tiene de común con las que constituyen la orijinalidad (sic) del Viejo Mundo.²⁵

Allí deben concentrarse las fuerzas de las letras, de los intelectuales: valorar lo propio, por tanto tiempo despreciado, independizarse definitivamente del yugo que mantenía en silencio el espíritu del pueblo americano, con vistas a su propia ilustración, "apropiada" a su realidad y necesidad:

[...] escribid para el pueblo, ilustradlo, combatiendo sus vicios y fomentando sus virtudes, recordándole sus hechos heróicos (sic) acostumbrándole a venerar su religión (sic) y sus instituciones; así estrechareis los vínculos que lo ligan, le hareis (sic) amar a su patria y lo acostumbrareis a mirar siempre unidas su libertad y su existencia social.²⁶

Lastarria, no sólo en razón de su interés por el arte, sino en su calidad de defensor de la "ciencia positiva" de la que será uno de sus *profetas*²⁷, atribuye una

²⁴ LASTARRIA, José Victorino. *Discurso de incorporación de D. J. Victorino Lastarria a una sociedad de literatura de Santiago en la sesión de tres de mayo de 1842*, p 10

²⁵ LASTARRIA, José Victorino. *Discurso de incorporación de D. J. Victorino Lastarria a una sociedad de literatura de Santiago en la sesión de tres de mayo de 1842*, pp 14-15

²⁶ LASTARRIA, José Victorino. *Discurso de incorporación de D. J. Victorino Lastarria a una sociedad de literatura de Santiago en la sesión de tres de mayo de 1842*, p 15

²⁷ En *Lecciones de filosofía positiva* escribe: "En la infancia de las sociedades predomina el sentimiento, i estas se dirijen (sic) generalmente (sic) por los instintos i las pasiones, sin que la inteligencia (sic) tenga mas fuerza que la necesaria para servir a las afecciones, inventando una organización (sic) social propia a satisfacerlas. Pero en este mismo ejercicio se ilustra poco a poco la inteligencia (sic), i, adquiriendo la suficiente enerjia (sic) para encaminar las pasiones, se ocupa en modificar la organizacion (sic) social, con arreglo a los principios de la justicia: las resistencias que encuentra en esta nueva acción (sic), a veces son tenaces; mas al fin la lucha

función precisa a la literatura: ser “interprete del progreso social”²⁸, idea que permanece vigente en los hombres de letras y políticos por décadas. Ilustrar al pueblo, liberarlo de las cadenas de la ignorancia y la superstición, desenmascarar sus enemigos y, sobre todo, ser testigo de su marcha hacia mejor, son las funciones de las letras.

Estas ideas serán acogidas a su manera por Alberto Blest Gana, para quien las letras cumplirán con una tarea civilizadora, sirviendo “a la causa del progreso”, actuando en “provecho de la humanidad”, sin olvidar, sin embargo, que el largo y tortuoso camino hacia la libertad deberá ser retratado con la fidelidad. *Aritmética del amor*, título aparecido en 1860, relata, entre muchas otras cosas, las vicisitudes que deberán enfrentar los nacientes estados hispanoamericanos para conquistar un mínimo de equilibrio y estabilidad. En las páginas de Blest Gana, la historia de las costumbres de una sociedad urbana, vapuleada por incontables episodios de guerra e intrigas en el mundo de la política, se encuentra retratada con la agudeza y sensibilidad de un artista, sin ceder en el rigor y objetividad en el momento de llevar a cabo la transcripción de lo que él mismo presencia. Como señala Guillermo Bellini sobre este padre de la literatura chilena:

Se ha dicho que Blest Gana no tiene mucha sensibilidad para captar el paisaje, lo cual parece en buena parte cierto; pero su paisaje preferido es urbano, un conglomerado donde la naturaleza entra abundante. Le interesa describir la ciudad, ponerla como telón de fondo que resalta más a los personajes, numerosos y varios, acaso demasiado elementales, de una sola dimensión, repetitivos, pero que reflejan eficazmente una realidad humana de una época y un ambiente bien determinados. No faltan descripciones de casas y palacios, de plazas y jardines, sobre todo de «interiores». Hay que acudir a Blest Gana para saber cómo se vivía en el Santiago de su época, cuáles eran las costumbres, como se vestían sus habitantes, cuales los usos privados y las fiestas públicas²⁹.

La novela *Martín Rivas*, aparecida el año 1862, que cuenta los avatares de un provinciano que arriba a la casa de un hacendado santiaguino amigo de antaño de su padre muerto, será sin duda la novela que con mayor fuerza caracterizará su legado, que junto con describir la manera en que vive la aristocracia capitalina, emponzoñada por un aire conservador recalcitrante so pretexto de velar por el orden social, toma partido contra la injusticia y mezquindad que rodea la clase dominante que tiñe con un manto oscuro la constitución y consolidación de la

comunica a la sociedad un nuevo espíritu (sic) que le da fuerza para combatir constantemente por la supremacía de la razón (sic) i de la libertad, como elementos principales en la evolución de la vida política.” LASTARRIA José Victorino. *Lecciones de filosofía positiva*, Imprenta del Ferrocarril, Santiago de Chile, 1874, pp. 40-41

²⁸ MUÑOZ, Luis; OELKER, Dieter. *Diccionario de movimientos y grupos literarios chilenos*, Ediciones Universidad de Concepción, Concepción, 1993, p. 25

²⁹ BELLINI, Giuseppe, “Alberto Blest Gana “historiador de Chile””, Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2008. <http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmchd899>

República y la formación de su pueblo. Un episodio ejemplar en la novela es el que discurre acerca de los medios del estado para mantener el orden social, *desarreglado* tras la fundación de la “Sociedad de la igualdad”, partido liberal que metía ideas en la cabeza de la *chusma*. De ésta, en un elogio sin disimulo, se comenta:

Su nombre solo habría bastado para despertar la suspicacia de la autoridad si no lo hubieran hecho el programa de los principios que se proponía difundir y el ardor con que acudieron a su llamamiento individuos de las distintas clases sociales de la capital. Al cabo de corto tiempo, la Sociedad contaba con más de ochocientos miembros y ponía en discusión graves cuestiones de sociabilidad y política. *Con esto se despertó poco a poco una nueva vida en la inerte población de Santiago, y la política llegó a ser el tópico de todas las conversaciones, la preocupación de todos los espíritus, la esperanza de unos, y de otros la pesadilla.*

Vio entonces el pacífico ciudadano tornarse un foro de acalorados debates a su estrado; abrazaron los hermanos diverso bando los unos de los otros; hijos rebeldes desobedecieron la voluntad de los padres, y turbó la saña política la paz de gran número de familias. En 1850 y 1851 no hubo tal vez una sola casa en Chile donde no resonara la descompuesta voz de las discusiones políticas, ni una sola persona no se apasionase por alguno de los bandos que nos dividieron³⁰.

El episodio en cuestión es el que muestra la primera instancia en que el protagonista, Martín, toma la palabra en una acalorada discusión de una de las tertulias de la alta sociedad:

-El deber de la autoridad -exclamó don Simón- es velar por la tranquilidad, y esta *asociación de revoltosos* la amenazaba directamente.
-¡Pero eso es exasperar! objetó exaltada doña Francisca.
-¡Qué importa; el Gobierno tiene la fuerza!
-Bien hecho, bien hecho, que les den duro -dijo don Fidel-; ¿no les gusta meterse en lo que no deben?
-Pero esto puede traer una revolución -dijo don Dámaso.
-Ríase de eso -le contestó don Simón-; es la manera de hacerse respetar. *Todo Gobierno debe manifestarse fuerte ante los pueblos; es el modo de gobernar.*
-Pero eso es apalear y no gobernar -replicó Martín, cuyo buen sentido y generosos instintos se rebelaban contra la argumentación de los autoritarios.
-Dice bien el señor don Simón -replicó Emilio Mendoza-; al enemigo, con lo más duro.
-Extraña teoría caballero -repuso Martín, picado-; hasta ahora había creído que la nobleza consistía en la generosidad para con el enemigo.
-Con otra clase de enemigos; pero no con los liberales -contestó Mendoza con desprecio. *Rivas se acercó a una mesa, reprimiendo su despecho*³¹.

³⁰ BLEST GANA, Alberto, *Martín Rivas*, Zig-Zag, Santiago, 2009, p. 57.

³¹ BLEST GANA, Alberto *Martín Rivas*, p. 60

Martín es un joven de origen humilde dotado de una preclara inteligencia que se une a la citada Sociedad junto a su amigo Rafael, quien muere en sus brazos en la guerra civil del 20 de abril de 1851, defendiendo las filas de los “revolucionarios” que contestan la autoridad de los conservadores, para quienes la política es y será una *affaire* de propietarios. Lo que está puesto en juego en la novela como representación de la situación política chilena es que las nuevas ideas de la Sociedad de la igualdad iban en directo perjuicio del *status quo* capitalino³². Para la aristocracia del dinero, que no quería perder sus privilegios, quienes se les oponían no eran reconocidos como contendores, en último caso como iguales. Los miembros de la Sociedad a ojos de los ricos eran revolucionarios que amenazando sus privilegios ponían en jaque el orden y la autoridad del gobierno. En última instancia quienes reclamaban igualdad eran vistos como el partido de los revoltosos que ponía en riesgo al naciente estado chileno.

La mirada aguda de Blest Gana, en todo caso, se encarga de mostrarnos otra cara del asunto: contra el orden y la autoridad de los hombres de poder se contraponen el papel de la mujer, de la lectura y del saber.³³ Asimismo, a favor de los mismos se alinean la fuerza y el derecho, la justa violencia. Y se encarga, el autor, de dejar algo bien en claro, contra quienes todavía quieren dejar al pueblo al margen de la política: un estado no puede crecer de espaldas al pueblo que reclama autonomía y participación en las decisiones que les guían: la ciudad y el estado debe ser devuelto a sus ciudadanos, y la literatura será un medio, no sólo de difusión de ideas sino de producción de pensamiento político en medios de alta desigualdad en relación a los medios de información y difusión.

Por todo ello, dar cuenta cómo se han ido construyendo las historiografías oficiales y legitimadas, implica esclarecer cómo se han gestado las maneras de leer y narrar la Historia, pues cada una de ellas hace referencia a tomas de posición específicas, tanto en lo teórico como en lo político, que remiten, en general, a las mismas fuentes. En otras palabras, las mismas fuentes se utilizan para sustentar múltiples “discursividades” en una competencia permanente por la hegemonía en el campo de las representaciones histórico-sociales. En este contexto, la «historiografía», la «sociología», la «antropología», la «etnografía», la «psicología», etc., son nombres de campos discursivos, que promueven un determinado saber-poder³⁴ donde campa lo “objetivo”. A diferencia de ello, la literatura se constituye desde un operación de resistencia a la “positivación” de

³² Se hace necesario destacar que el movimiento libertario excede el ambiente de la capital, aconteciendo numerosas rebeliones en las provincias, como por ejemplo, el levantamiento de la ciudad de La Serena el año 1852, el posterior levantamiento de la ciudad de Copiapó en 1855, entre los que han sido documentados recientemente.

³³ Véase sobre todo el papel de Doña Francisca en *Martín Rivas*.

³⁴ Usamos la noción de Saber-Poder al modo como la delimita Foucault en diversas partes de su obra. Cf., FOUCAULT, Michel. *Historia de la Sexualidad, Tomo I: La voluntad de saber*. Siglo XXI, Buenos Aires, 2014, pp. 127 y ss.

los saberes historiográficos, que hace patente la grieta en el corazón de lo social; la falta de consenso existente entre la barbarie del “proyecto” conservador y, usando las palabras de Walter Benjamin, la “violencia fundadora de derecho” detrás del proyecto liberal, falta que en distintas ocasiones llevó al país a la guerra Civil.

4.- Conclusión

El poder de las letras es tal vez lo que se ha puesto en juego con mayor insistencia en este artículo para mostrar en dos épocas distintas cómo se ha ido constituyendo el entramado socio-político que estructura, primero, la legitimación de la Colonia y, segundo, cómo acontece la construcción del estado de Chile. Acerca de la Colonia hemos visto la importancia de la representación urbana, no sólo aquella que corresponde a la ciudad real, al trazado de sus calles y al orden social que instituye, sino a su carga simbólica, a la ficción racional que entraña. La ciudad era considerada, pues, el mejor ejemplo de la virtud de la sociedad en América, siendo su orden la prueba fidedigna de virtud, según querían representar los narradores de la citada época. El Chile de fines del siglo XIX, mostró Blest Gana, era una sociedad desintegrada, que junto con presenciar la acelerada acumulación de riqueza y la opulencia por parte de la oligarquía, asiste a la marginación y al debilitamiento progresivo de las clases populares. Por tanto, sólo era posible fundar lo “nacional”, objetivo de gran parte de los intelectuales progresistas, desde el reconocimiento de la escisión a nivel de clases y, para revertirlo, desde la lucha por la igualdad, que terminaría, tal vez inevitablemente, en la guerra Civil.

Bibliografía.

1. BLEST GANA, Alberto. *Martín Rivas*, Zig-Zag, Santiago, 2009.
2. COBO, Bernabé, *Obras*, Tomo II, Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, 1956.
3. CONTRERAS, Lidia. *Historia de las ideas ortográficas en Chile*, DIBAM, Santiago de Chile, 1993.
4. DE CÓRDOVA Y SALINAS, Diego. *Crónicas Franciscanas de las Provincias del Perú*, Lino Canedo, (editor), Academy of American Franciscan History, Washington D.C., 1957.
5. ESPINOSA, Gloria. «Las órdenes religiosas en la evangelización del nuevo mundo». En, AA.VV. *España medieval y el legado de occidente*. SEACEX-INAH, México, 2005.
6. FERRERO, Mario. *La prosa chilena de medio siglo*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1960.
7. FOUCAULT, Michel. *Las palabras y las cosas*, Siglo XXI, México D.F., 1997.
8. _____ *Historia de la Sexualidad, Tomo I: La voluntad de saber*. Siglo XXI, Buenos Aires, 2014.
9. GALVEZ, Carlos. «La ciudad Letrada y santa: la ciudad de los reyes en la historiografía del siglo XVII». En, *Urbanismo y vida urbana en Iberoamérica colonial*, Alcaldía Mayor de Bogotá, Bogotá, 2008.
10. GUTIÉRREZ, Ramón. «Otros urbanismos hispanoamericanos». En *Urbanismo y vida urbana en Iberoamérica colonial*, Alcaldía Mayor de Bogotá, Bogotá, 2008.
11. HERRERA, Marta. «Ordenamiento espacial de los pueblos de indios: dominación y resistencia en la sociedad Colonial», en *Revista Frontera*, N 2, Vol. 2. Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, Bogotá, 1998.
12. LANDAETA, Patricio; ESPINOZA, Ricardo "Cartografía de la ciudad Latinoamericana: fundación del orden colonial". En, *Ideas y Valores*, Vol. 64, No 157, 2015, 07-36
13. LASTARRIA, José Victorino. *Discurso de incorporación de D. J. Victorino Lastarria a una sociedad de literatura de Santiago en la sesión de tres de mayo de 1842*, Imprenta de Rivadeneyra, Valparaíso, 1843.
14. _____ *Lecciones de filosofía positiva*, Imprenta del Ferrocarril, Santiago, 1874.
15. LUCENA Manuel. «La fundación de América a partir de su historia urbana». En, *Urbanismo y vida urbana en Iberoamérica colonial*, Alcaldía Mayor de Bogotá, Bogotá, 2008.

16. MUÑOZ, Luis; OELKER, Dieter. *Diccionario de movimientos y grupos literarios chilenos*. Universidad de Concepción, Concepción, 1993.
17. RAMA, Ángel. *La ciudad letrada*, Arca, Montevideo, 1984.
18. ROJAS-MIX, Miguel. *América Imaginaria*. Lumen-Andrés Bello, Barcelona, 1992.
19. SOTO, Pamela. «La ciudad latinoamericana: un *topos* para la civilización y la barbarie». En MUÑOZ, Marisa y VERMEREN, Patrice (editores), *Repensando el siglo XIX desde América Latina y Francia*, Colihue, Buenos Aires, 2009.